

La lluvia tuvo la gentileza de cesar al mismo tiempo que mi conferencia. Un rayo de sol amarillento, otoñal, vino á dorar los encuadernados lomos de los libros. Doy permiso á toda la bandada y escapan hacia los parques á buscar hongos.

Solamente Jorge permaneció á mi lado.

— ¿Será abusar de su amabilidad — me dijo — pedirle algunos instantes de conversación?

Subimos juntos á mis habitaciones. En mi próxima carta te diré lo que Jorge tenía que decirme.

## CARTA VIGÉSIMACUATA

Mi amigo Jorge. — Confidencias. — Petrarca y Casanova. — El temperamento de los jóvenes franceses del día. — Méritos de Silvia. — Una evocación. — Escena á lo Juan Jacobo.

*Ambleuse, 12 de septiembre.*

No ignoras, querida Francisca, que mi joven huésped Jorge de Lespinat, sin ofrecer ninguno de los rasgos consagrados del « mozo guapo », tiene una figura encantadora. Uno de esos rostros tan raros en Francia, que expresan pensamiento activo y sentimientos robustos; un rostro que traduce la intensidad de la vida interior. Los cabellos negros, abundantes, partidos al lado, encuadrando con suntuosa negligencia un rostro mate, de gran frente árida, de líneas correctas, barbilla fina, nariz huesosa, rostro, en fin, cuya expresión sería ruda sin la ternura de la boca irregular, un poco fuerte; sin los ojos hundidos, de los cuales se hubiera dicho acertadamente en tiempo de M<sup>me</sup> de Sévigné que eran « los más hermosos del mundo », al menos por su calor y su espíritu... Su madre — me ha dicho él — tenía estos ojos y este encanto ardiente, contenido, irresistible. De su padre ha heredado Jorge el talle hermoso de deportista, la gracia suelta de sus maneras, un timbre de voz bastante raro en la región berriana, la voz metálica de los meridionales. Se viste con cuidado, con tanto cuidado que, Guy Demonville, infinitamente más rebuscado en sus trajes parece, al lado de Jorge, un rastacuero. En una palabra: la vivísima simpatía que le dispensan las personas de tu sexo no debe sorprenderte, hasta cuando se trata de muchachas como las señoritas Demonville ó May



Footner, para las cuales las condiciones esenciales de un hombre son el corte, el tocado, la alegría, saber bailar bien y « servir » para el *tennis*.

...Pues luego de la sesión instructiva de la biblioteca, Jorge, dejando la nueva pollada desperdigarse por los parques, me acompañó hasta la pieza vecina, donde tengo instalados mis libracos y papeles. Sentéme á mi mesa; Jorge se sentó en un sillón, frente á mí. Le ofrecé un cigarrillo que encendió distraidamente y que bien pronto dejó apagar, sin por ello tirarlo. Yo encendí otro.

— Le escucho, querido Jorge — le dije.

Habló primero un poco cohibido, buscando las palabras, dejando las frases inconclusas. Pero no tardó en dominarse. El dominio de sí mismo es la característica de su generación, atemperada en él por una natural amabilidad y franca deferencia. Sin embargo su actitud quería decirme : « Aunque no tenga más que dieciocho años, mis cuidados, mis afecciones, mis propósitos, mis trabajos y mi persona debe apreciarlos usted como importantes y prestarme gran atención. »

— En este momento — me dijo en resumen — soy muy feliz y me siento muy atormentado. Soy feliz porque amo á Silvia Bertrand-Tasqué...

— Y está atormentado — le interrumpí viendo que vacilaba — porque es usted un muchacho honrado y aun arriesgando la imprudencia de tan lejanos proyectos, Silvia Bertrand-Tasqué, hija de un médico y de una enfermera, no es un partido para usted...

— Temo ante todo que sea un partido que rechace mi padre.

— ¿No hizo su padre un matrimonio por inclinación?

— Mi padre se casó con una mujer sin fortuna, pero hija de una casa excelente, ya muchas veces aliada con la nuestra. La idea de que mi suegro será ese iluminado de doctor Bertrand-Tasqué...

— Y que Amalia Bertrand-Tasqué será doblemente suegra en su hogar de usted...

— Justo... Eso no sonreirá mucho á mi papá. Sin que me lo haya anunciado de una manera precisa adivino que

sueña para mí un matrimonio opulento... Algunos vecinos officiosos le han dicho que la señora Demonville me destina una de sus hijas. Como todos los padres un poco orgullosos de su familia, el mío querría ver la suya ascender... Y no cuenta, para ello, gran cosa con mi poesía.

Meditamos en silencio.

— Hijo mío, ¿es preciso tomar las cosas desde tan lejos? ¿Tu matrimonio? Pero si tienes diecisiete años...

— ¡Casi dieciocho!...

— Sea, casi dieciocho. Silvia tiene dieciséis. Hace dos años que os encontráis aquí durante un mes cada otoño; hasta es fácil que no os volvais á encontrar. Yo me encargo de la negociación con el doctor Bertrand-Tasqué, el cual, como usted dice, es un iluminado, pero de recta conciencia y corazón escrupuloso. Silvia sufrirá un poco y usted también; pero ninguno de los dos morirán de pena. Seis meses á cada uno para sufrir gentilmente la separación; creo que les concedo un buen plazo... Á Silvia, que es bonita y graciosa, y á la que su padre dotará bien, no le será difícil casarse en París. Usted mismo (luego de dejar pasar una docena de años), se casará según los deseos de su padre, añadiendo, estoy seguro, un hermoso renombre literario al viejo honor del nombre. Esto es lo prudente : usted está convencido, como yo, y me inclino á pensar que me pide usted mi opinión porque la supone por adelantado.

— ¡Oh! ¡Esa opinión tiene usted de mí!...

Sus mejillas mate enrojecieron de pronto y no lloró por un sentimiento de orgullo. Al mismo tiempo quiso levantarse.

— ¡Esa es la rebelión que me gusta! — le dije tomándole las dos manos y obligándole á que se sentara de nuevo... Pero ahora nos encontramos fuera de la novela, en plena realidad; y esto es más grave. Una pregunta todavía : tú estás seguro de tus sentimientos; ¿pero qué sabes de los de Silvia?

Paladeé voluptuosamente el visible y sincero pudor con el cual me respondió que creía estar seguro también..., que lo estaba... ¡Pudor en un adolescente de nuestros días, cuando



tan poca vergüenza muestran sus contemporáneos!... Le insté para que me confiara los motivos de su certidumbre... ¿Había habido entre él y Silvia lo que hasta no hace mucho llamaban confesiones?... No, nada de eso... El gusto recíproco y no disimulado de encontrarse lo más frecuentemente posible, de mirarse, de hablar. « Me parece — dice Jorge — que se aburre cuando no le hago caso. » Y este aburrimiento — hé aquí el punto más delicado — habíase acentuado recientemente, á medida que Blanca Demonville ocultaba menos su simpatía por Jorge... Mi joven amigo supo expresar estas delicadas confidencias con tanta modestia, que no me sorprendieron. Nada de jactancias: hubiérase dicho que pedía perdón por su doble victoria.

En resumen — le dije — tú tomas por una confesión la pena de Silvia. Yo creo lo mismo; pero voy á hacerte una objeción: me parece que en la reciente partida de *tennis* de Chambon y hace unos momentos en la junta académica, no desalentabas á Blanca Demonville...

Sintió tentaciones de protestar; pero la sinceridad se impuso en él:

— Tiene usted razón: no valgo nada. Hay en mí un mal genio... ¿cómo decirlo? un mal genio literario... ó mejor, romántico... que me sugiere á cada instante: « Satisface tus instintos... goza de la vida... imita á Rastignac, á Rumpré á Camors... Eres un arroyuelo de mayo que va á secar el verano. ¿Para qué encadenarte tan pronto á un deber aunque sea tierno y dulce?... *Juvenies alium Alexin*: siempre podrás encontrar otra Silvia... »

— Conozco — le dije — esa voz. Todos los hombres, particularmente los artistas, la han escuchado á la edad de usted. ¿Pero otra voz interior, otra voz más grave no replica á esa, puesto que no piensa seriamente en la señorita Demonville?

Jorge se puso á reír con esa ruidosa alegría que, en la adolescencia, ilustra hasta las más graves cuestiones.

— ¡Blanca Demonville!... Después que la dejo no pienso en ella ni durante cinco minutos... Ni en ella, ni en May Footner, ni en ninguna otra... ¡No hay más que una Silvia! Y la inspiradora interior de que usted me habla, y que yo oigo,

en efecto, en mis largos ratos de soledad, toma la voz y la apariencia de Silvia... Sí... Es una especie de Silvia ideal que se aproxima á mí cuando estoy completamente solo y, muy cerca, me dice: « No escuches á la otra... No hay nada más vacío y falso que la felicidad que ella te ofrece... Puesto que crees en la alegría que proporciona el amor, no olvides que está prohibida á los que espantan sus deseos. Entre Petrarca y Casanova, ¿cuál de los dos ha conocido verdaderamente el amor? Por egoísmo, para mejor satisfacer esa curiosidad sentimental que atormenta á la juventud ¡amo á una mujer nada más! La calderilla no es igual á la moneda de oro ni el polvo vale lo mismo que el diamante pulverizado... »

No cambio casi nada, mi querida sobrina, de las palabras pronunciadas por Jorge de Lespinat; posee una elocuencia contenida que es difícil fijar en el papel; pero á la cual, la voz, el gesto, la animación del rostro prestan un acento muy natural. Es sincero, es ardiente: ¡qué emocionantes son estas virtudes! Me sentía ya conquistado para la causa de Silvia, y tuve que hacer uso de toda mi experiencia, de toda mi voluntad de consejero práctico y razonable para decirle:

— Amigo mío, el dúo de las voces interiores, la oposición de del Dante y Petrarca, todo esto es muy bonito... y muy literario. No nos apartemos de la realidad: si obedeces á la voz que toma el timbre seductor de la de Silvia, no sólo defrauda las esperanzas de tu padre y se prepara un casamiento original, pero también encadena toda su vida en la edad en que todavía es usted un chiquillo... ¡No proteste! ¡Si no tiene usted más que diecisiete años! ¡Y á esta edad quiere ligar sus veinte y sus treinta y sus cincuenta! ¡Grave imprudencia! Usted no puede comprometerse, razonablemente, á ser dentro de veinte años lo que es hoy...

— Á cualquier edad que uno se case ó entable relaciones compromete el porvenir.

— Pero más tarde se le compromete con conocimiento de causa. Tú, hijo mío, no has vivido sino el ensueño. Espera, al menos, á que hayas sufrido el choque de las tentaciones á fin de medir su resistencia.



Jorge enrojeció y hubo entre nosotros un momento de silencio. Luego dijo mirándome muy de frente :

— ¿No se ofuscará usted si le digo todo mi pensamiento?

— Puede usted empezar.

— Creo que no juzga, como son en realidad, á los jóvenes de mi generación. Se diferencian mucho de la anterior, tal como yo la veo en mis mayores inmediatos, y, sobre todo, de la de usted, juzgándola según los libros nos la presentan... Usted, según me ha dicho, se sorprende de la falta de vergüenza en los jóvenes de la actual generación y hasta en las jóvenes. En efecto; somos más libres en nuestra manera y en nuestra conversación; sin embargo, no lo dude usted, existen entre nosotros menos intrigas sospechosas que entre nuestros antepasados. Pero, ante todo, ¿cómo decirselo?... Sí... me parece que pensamos de manera diferente respecto á las mujeres... algo parecido á como piensan los ingleses, de los que tomamos cada día más los hábitos físicos. Sam Footner, que no es mucho más viejo que yo, está en relaciones con una joven de su país, de pocos años más que él. Sam es muy serio y el « flirt » muy respetuoso que mantiene, no está exento de cierto temor. Guy Demonville no tiene grandes escrúpulos, pero su conversación entre hombres está cargada de esnobismo; finge un gran desdén por el otro sexo, que declara aceptable para la broma y el « flirt ». El año pasado, cuando fui á Paris con mi padre, me presentó á jóvenes de mi edad : conocí allegadizos, estetas, deportistas, amigos de la juerga; no vi ningún Faublas... Aquí, en mi provincia, sucede algo más significativo. Mis amigos, el joven Lasmolles, por ejemplo, se muestra orgulloso de su prudencia monástica, exactamente igual que Sam Footner, que tiene críticas sarcásticas para la « porquería francesa ».

Yo no pude contenerme y le pregunté.

— ¿Y usted?

No bajó la vista.

— ¿Yo?... Estoy tranquilo... Y le confieso que cuando leo en las novelas de Zola y hasta en las de Maupassant la fiebre sensual de todas esas gentes, me parece un poco risible... No los comprendo... Y aquí tiene usted explicado

por qué la idea de entrar en relaciones á los dieciocho años para casarme dentro de cinco ó seis no me asusta como no asusta á Sam.

Durante un rato no hablamos más. La confesión tan sincera de Jorge no me sorprendió hasta el punto que él creía; no la



... Habló primero un poco cohibido, buscando las palabras, dejando las frases inconclusas... (Pág. 260).

escuché para observar la serenidad desdeñosa de los adolescentes franceses de hoy frente á los atractivos femeninos. Hasta creía haber distinguido las causas : nuevas costumbres en las jóvenes, más compañeros, más iguales, más rivales de los jóvenes en la actividad física é intelectual; desenvolvimiento del espíritu positivo y ambicioso en los dos sexos; enorme acrecentamiento de la actividad deportiva, la cual puede tener inconvenientes, pero sazona admirablemente los corazones y adormece los apetitos. Sobre un punto nada más no estaba conforme con Jorge. Nuestros jóvenes fran-



ceses caminan, sin duda, hacia las costumbres sentimentales de sus contemporáneos ingleses; pero, en primer lugar, no han llegado todavía á ello y luego temo que no van á llegar jamás; no se cambia el temperamento de una raza. Expresé estas reservas á Jorge, que se obstinó en decir :

— Se equivoca usted, no le quepa duda. Nosotros somos una generación de jóvenes muy razonables y tranquilos bajo nuestra apariencia de « flirt ». ¿No nota usted que las jóvenes, como sucede en Inglaterra, son más provocadoras que nosotros?... Le aseguro que yo, personalmente, no estoy atormentado por la juventud. La voz interior que de vez en cuando murmura en mi interior : « ¡ Imita á Rastignac y á Rubempré ! » no encuentra eco más que en la imaginación. Mi temperamento lo deja inalterable.

Mientras hablaba este adolescente de dieciocho años, que aparenta veinte, sólido, robusto, aficionado á los deportes, familiarizado con todos los libros de pasión y sensualidad, acostumbrado á la sociedad de hermosas jóvenes que le colman de atenciones, le miraba yo atentamente. No cabía duda : era la sinceridad misma.

— Entonces — le pregunté — puesto que tan tranquilo está en su celibato, ¿por qué esa alianza prematura con una mujer?

— Ya comprenderá usted que precisamente por eso...

Sí, lo adiviné, lo comprendí... El disgusto, por adelantado, que lo producía la bohemia del amor; un vago temor, sin embargo, de ceder á la tentación; la idea, común entre los jóvenes ingleses, de que un serio afecto es la mejor defensa. ¿Qué objeción razonable podía oponerle? Si un adolescente toma por modelo al Thouvenin de *Denisa*, le conviene casarse joven, y un noviazgo largo y serio.

— Sea, le repliqué. Tiene un hermoso ideal de juventud; no tengo derecho á desviarlo. ¡Pero qué difícil me parece la elección de la joven á la cual se confía el depósito y la salvaguardia de ese ideal! ¿Está usted seguro de que Silvia?... Sí, está bien; la ama usted... Pero lo que ama, ¿no son á pesar suyo sus cabellos rubios, sus ojos claros, su aire de Ofelia elegante, es decir, las dotes físicas?

— No — respondió con calor. Físicamente encuentro adorable á Silvia; pero la quiero también porque es única entre las demás jóvenes. En primer lugar, de todas las muchachas que conozco, sólo ella es sencilla, verdadera... Las jóvenes de mi generación son inteligentes, activas, ambiciosas, alegres y presumidas : este es su gran defecto. Silvia se muestra tal como es. No presume de culta, como esa Bernier, á la cual acaba de dar usted una buena lección; ni de mundana, como la Demonville; ni de deportista como May Footner, ni de nada. Y yo la encuentro más culta, más mujer de mundo, más segura de sus músculos que las demás... Y después — ¡y sobre todo! — sólo ella tiene una vida interior, una vida moral... Usted, que nos observa de cerca, ¿ha notado que las jóvenes actuales, tan adaptables á la moral que puede constituir su vida práctica (y que frecuentemente la constituye) carecen, ó poco menos, de vida moral, de creencia moral? Nada de religión, á una religión de esnobismo en su lugar. Ninguna reflexión sobre el deber. ¡Casémonos, y luego ya veremos! Sobre la maternidad, una resolución nada más : no muy pronto y poca... Una actividad intelectual febril, desordenada que gastan en conferencias, lecturas al azar, sin provecho, porque les falta la reflexión, el retorno á sí. Sienten terror á la meditación, á la vida interior, á la conversación consigo mismas... ¡Ponerme en relaciones, casarme con tales veleidosas!... ¡Prefiero el celibato ó la bohemia del sentimiento!...

Yo le escuchaba y pensaba : « Cuanto dice este joven poeta es muy razonable y sano... » Sin embargo, creí deber objetarle :

— Silvia es bonita, prudente, sincera, graciosa. Posee un corazón muy tierno. En el hogar librepensador de su padre, casado en segundas nupcias, ha continuado dulcemente practicando su creencia tradicional, sin afectación, sin disputas; esto prueba, como usted ha dicho, que posee una alma firme y una vida interior activa. Reconozco que iguala en inteligencia, con más simplicidad, á la señorita Demonville y hasta á la señorita Bernier... ¿Pero le bastará una inteligencia mediana á la mujer que piensa usted hacer su esposa? ¿No congeniaría mejor con un espíritu femenino verdaderamente



superior que le sirviera de consejo, de ayuda, de crítica útil?

La clara y ruidosa risa de Jorge estalló franca :

— ¿Una mujer superior? ¿Una mujer autora, quizás? ¿Pero qué daño le he causado á usted? ¡ Pero si las muchachas de hoy exceden como intelectuales á los jóvenes de mi generación y todos estamos dispuestos á casarnos con las que sean menos « superiores », con las que no tengan la pretensión de saberlo todo y todo poder lo juzgar, con las que, sobre todo, en ningún caso, no nos reserven la desagradable sorpresa de que están escribiendo una novela, ó un libro de versos con nuestro nombre en la cubierta !

Yo noté en este argumento un sentimiento que ya había observado entre los jóvenes de hoy : el sordo rencor por la competencia intelectual que les hacen sus contemporáneas... Es que desde el tiempo, Francisca, en que tú todavía eras soltera ha transcurrido la décima parte de un siglo. La tendencia intelectual de tu sexo se exaspera. Las jóvenes se han precipitado ávidamente sobre los estudios clásicos, que los jóvenes descuidan por falta de programas. Corolario, los jóvenes de hoy experimentan la sensación de ser menos cultos que sus contemporáneas, y éstas no desdennan hacer ostentación de su superioridad... Esto acabará, así debemos esperarlo, sacudiendo la pereza de los jóvenes, que aceptarán la lucha y la competencia y el resultado será que la cultura de los dos sexos saldrá ganando... Pero un equilibrio parecido necesita para establecerse un número de años no despreciable.

\* \* \*

MI conversación con Jorge necesitaba una conclusión práctica. Admito — le dije — que sea Silvia la mujer que le conviene á usted, no obstante la ausencia de fortuna en ella y cierta desigualdad social. Admito que sea usted capaz para comprometerse cuatro ó cinco años por adelantado y para permanecer fiel á sus compromisos. ¿En qué puedo secundar sus proyectos?

Me tomó la mano y estrechándola cariñosamente dijo :

— Haciendo por mí lo que hizo no há mucho por su sobrina



... Jorge y Silvia, abrazados á mí, dichosos y locos, reían y lloraban...  
(Pág. 271).

Francisca y por el alumno de la escuela militar que ella amaba. Yo sé que nosotros no tenemos los mismos derechos; Silvia no es sobrina de usted; pero le quiere mucho y también le llama tío de vez en cuando.

¡ Ah, el picaro poeta ! Sabía muy bien lo que hacía confiando sus proyectos al patronato de Francisca. Me rejuvenecía de diez años como por un golpe de varita mágica...



Tanto me emocioné que no le respondí inmediatamente. Me vi, saliendo de mi casa, en un día otoñal, para ir á la plaza Possoz, donde vivía tu madre, Francisca... La osamenta de la Exposición Universal todavía se desbordaba hasta la plaza del Trocadero... ¡Cuán lejos está ya aquel tiempo!... Los últimos vestigios de la Exposición (la galería de máquinas) han desaparecido recientemente. La provinciana plaza de Possoz está transformada, cruzada por avenidas; ya no es la placita humilde, sino el centro de cinco ó seis grandes vías parisienses formadas por edificios modernos de piedra tallada, balcones monumentales y cúpulas resplandecientes... Uno de estos edificios ocupa hoy el mismo lugar que ocupó la casa de tres pisos en la cual tú viniste al mundo, y tu madre murió... La transformación de las cosas en torno nuestro, nos advierte que los años pasan, á pesar de nuestra ilusión de ser siempre los mismos. Y las palabras de Baudelaire tintinean melancólicamente en mi memoria: una ciudad cambia más de prisa que nuestro corazón.

¿Pero qué? ¿Voy á ceder á la estéril lamentación del pasado? No es esta ¿verdad, Francisca? ni tu manera de ser ni la mía. Vivir es ver morir los días. ¿Qué importa si cada día que pasa es también una nueva vida que nace, que principia?

Sin embargo, nada se recomienza en la vida exactamente. Hice observar á Jorge que su caso no era exactamente el mismo de Máximo.

— Máximo — le dije — tenía veintiún años cuando comenzó sus relaciones con Francisca. Iba á salir de la escuela militar subteniente, lo cual ya es una sombra de posición social. Francisca tenía también diecinueve años... En tanto que Silvia y usted, lo repito, son dos niños; y, aunque apruebo el joven noviazgo, no hay que hacer excesos... Pedrito me aseguraba ayer que pensaba casarse con Simona y yo no he tomado ninguna precaución.

— Es usted cruel — dijo Jorge sonriendo... ¿Por qué no me cree cuando le aseguro que no siento ya en mí nada de la infancia?

— Se encuentra, en efecto, excepcionalmente formado de corazón y de inteligencia, en medio de una generación precoz en conjunto. Pero, de todos modos, no tiene más que dieciocho años y Silvia dieciséis. Prométanse cuanto quieran; accedo á ser el confidente de sus promesas; pero en lo que se refiere á intervenir cerca de las respectivas familias no intervendré hasta que usted haya cumplido veinte años... Fijemos otra fecha: hasta que vaya á cumplir el servicio militar.

Jorge aceptó esta transacción... Aquí me tienes, pues, si nuestros jóvenes amigos no cambian de parecer, obligado á defender dentro de dieciocho meses la causa de los matrimonios por inclinación, la causa del amor...

¡Qué inquietudes en perspectiva! Como indemnización he presenciado esta mañana, en la biblioteca de Ambleuse, una escena digna de Juan Jacobo: Jorge y Silvia, abrazados á mí, dichosos y locos, reían y lloraban.

Porque después de Juan Jacobo se ha añadido, felizmente, algo de risa á las lágrimas de la emoción dichosa.